

—¡Me da mucha pena! dijo Tomás con lágrimas en la voz.

—¡Ah! ¿le da á usted por ahí? le dijo Ignat.

Y después de un momento de silencio, se sirvió un vaso de aguardiente y añadió severamente:

—No merece que te cause lástima. Gritaba por nada y no ha llevado lo que merecía... Ya le conozco: es un bravo muchacho, trabajador, vigoroso y no tonto. Pero no hay réplicas que hacer, yo soy el amo y yo solo puedo hablar. No es tan sencillo ser patrón... Y además, no se morirá; con eso será más inteligente... ¡Ea!... Tú no eres más que un niño y no comprendes nada... pero es tiempo de que yo te enseñe á vivir... Yo no viviré mucho...

Ignat se calló, bebió aún un vasito y continuó con tono de dulce persuasión:

—Se debe tener lástima y tú haces bien... Sólo que mira, es bueno tener lástima, pero con discernimiento... Estudia bien á tu hombre, ve su utilidad. Y si percibes que es fuerte, capaz, ayúdale, sé bueno para él. Pero al que sea endeble, incapaz de trabajar, vuélvele la espalda y sigue tu camino. Retén esto para el porvenir: aquel que se queja de todo, gime, llora, no merece ni aun tu lástima, porque no vale nada y no le harás un servicio intercediendo por él... Esas gentes son aun más holgazanes cuando se les hace ver compasión... En casa de tu padrino es donde tú has visto toda esta clase de personas, caminantes, parásitos, desdichados de todas clases... todo eso es la escoria... Olvídalos, esos no son hombres... son conchas vacías, que no sirven para nada. Es una variedad de piojos, chinches, sarna... Y esas gentes no viven en el temor de Dios, no tienen Dios. Blasfeman cuando invocan el nombre de Dios; no lo hacen más que para enternecer á los imbéciles y para que esta compasión les sirva para llenar el estómago. Además, no viven más que para su barriga. No saben

hacer nada que no sea beber, comer, dormir y gemir... haciéndonos inclinar á la molicie y entorpeciendo nuestro camino. Un hombre entre ellos es una manzana sana entre manzanas podridas: puede echarse á perder sin ninguna utilidad. Pero tú eres demasiado joven... no puedes comprender mis palabras... Ven en ayuda del que lucha y resiste. Puede ocurrir que no pida auxilio: pero á tí te toca adivinarlo y prestárselo espontáneamente. Si es al tivo y tu ayuda le ofendiese, arréglate de modo que no lo perciba. Así es como se debe obrar. Pongamos un ejemplo: supón que dos tablas han caído en el barro: una está podrida, la otra está sana y sólida. ¿Qué harías? Ninguna necesidad de la podrida, déjala en el lodo, aun puede servir para no ensuciarse los pies. Pero coge la sólida, ponla al sol y si no te sirve á tí, le servirá á otro. ¡Así es, hijo mío! Trata de comprender bien lo que te digo. ¡Sí!... tú no tienes que compadecer á Efm... es un buen muchacho, serio; conoce que vale... y esto no se le quitará fácilmente. Voy á observarle una semana, y le ascenderé á timonero. Y cuando sea capitán, no le vendrá grande y haré de él un buen capitán. Así es como se hace un hombre. Yo he pasado por ahí, sabes, amigo mío. Y me había mamado más de una bofetada á mi edad... La vida, niño mío, no es una madre tierna y dulce... es nuestra ama común y exige que le rindamos cuentas exactísimas.

Durante dos horas, Ignat habló así con su hijo. Le habló de su juventud, de sus trabajos, de los hombres y de su formidable fuerza, así como también de sus debilidades. Le decía los recursos que tenían algunos de fingirse débiles para vivir de los otros y después volvió á hablar de sí mismo, contando como de simple grumete había llegado á ser patrón y dueño de una gran empresa.

El niño le escuchaba, le miraba y á medida que su padre hablaba, se sentía más próximo á él. No

encontraba en los relatos de su padre nada de lo que le encantaba en los cuentos de su tía Antheisa, pero en cambio descubría algo nuevo, más claro, más fácil de comprender y no menos interesante... En su pequeño corazón se despertó un sentimiento fuerte y vivo que le atraía á su padre. Ignat, en los ojos de su hijo, vió desenvolverse este sentimiento nuevo. Dejó bruscamente su asiento, le cogió en sus brazos y le estrechó con fuerza contra su pecho. Tomás rodeó el cuello de su padre con sus bracitos y juntando su mejilla contra la suya quedó silencioso y oprimido.

—¡Niño mío, decía Ignat con voz sorda, querido... mi alegría... aprende, mientras que yo viva en el mundo! ¡Ah! ¡la vida no es fácil!

El corazón del chiquillo vibró, apretó los dientes y lágrimas ardientes se escaparon de sus ojos.

Hasta este día Ignat no había despertado en él ningún sentimiento especial. El niño se había habituado á su padre, se había familiarizado con su estatura gigantesca y le temía un poco, pero también sabía que veía realizados hasta sus más minuciosos deseos. Llegaba Ignat á ausentarse un día ó dos, una semana, á veces un verano. Tomás parecía ignorar su ausencia, teniendo todas sus afecciones para su tía... Cuando Ignat regresaba, el niño se alegraba; pero hubiese sido difícil saber por qué. ¿Era por la vuelta de su padre ó por los juguetes que éste le traía?... Ultimamente, Tomás corría á abrazarle, le cogía la mano, reía, charlaba con él y se aburría cuando pasaban varias horas sin verle. Su padre le interesaba, y al mismo tiempo que su curiosidad, aumentaba su cariño y su respeto por él. Todos los días, cuando se veían, Tomás le preguntaba:

—Padre, háblame de ti...

El *Ermak* remontaba ahora el Volga. En una no-

che pesada del mes de Julio, bajo un cielo cubierto de nubes sombrías y mientras una inmovilidad amenazadora reinaba en el río, se llegó á Kazán y se echó ancla detrás de toda una fila de barcos.

El rumor de las cadenas y los gritos del capitán despertaron á Tomás. Miró por la claraboya y percibió en la obscuridad lucecitas que parpadeaban. El agua era negra y espesa como aceite y no se veía otra cosa. Su corazón se oprimió y se puso á escuchar atentamente. Una canción monótona y lastimera, como un lamento, llegaba hasta él; á bordo de los navíos, los contramaestres hacían llamada, se oía el silbido del vapor que se escapaba de las calderas... y el agua negra del río acariciaba, triste y dulce, las quillas de los buques. Fijando sus ojos dilatados en la obscuridad, el niño concluyó por distinguir sin gran trabajo masas negras, encima de las que se veían vacilar pequeñas luces. Sabía bien que eran otros barcos, pero esta certidumbre no le bastaba. Su corazón latía hasta romperse y en su imaginación exaltada pasaban imágenes sombrías y terroríficas. De repente un grito prolongado: «¡Ho!... ¡Ho!...» retumbó á lo lejos y pareció terminar en un sollozo.

—¡Ho!... ¡Ho!...

El mismo grito resonó de nuevo, pero mucho más cerca.

—¡Efimka! llamaba alguno á media voz en el puente. ¡Efimka!

—¿Qué hay?

—Vamos, levántate, coge los garfios...

—¡Ho!... ¡Ho!... seguían los gemidos, muy cerca esta vez.

Y Tomás, temblando, se separó bruscamente de la claraboya.

El sonido extraño se aproximaba y aumentaba, sollozo lúgubre, que se movía en la obscuridad pro-

funda de la noche. En el puente se oían cuchicheos inquietos:

—Vamos, Efim, levántate, pues... es una visita que nos llega...

—¿Dónde, pues?... respondió una voz agonizante.

Después fué el ruido de pies desnudos que corrían por el puente, un tumulto inusitado y ante los ojos de Tomás se deslizaron de arriba á abajo dos pértigas que se hundieron en el agua viscosa...

—Una vi si ta, sollozaban muy cerca.

Y se elevó del agua como un rumor sordo, pero muy extraño.

El muchachito temblaba de espanto, en tanto que sus manos estaban pegadas á la claraboya y sus ojos miraban el agua.

—Enciende una linterna, no se ve nada...

—En seguida...

Y entonces se dibujó en el agua una mancha clara. Tomás vió moverse ésta dulcemente, y en las ondulaciones vacilantes de las ondas, parecía sufrir y agitarse de dolor.

—¡Mira, mira! cuchicheaban en el puente voces aterradas.

En este momento, en el círculo luminoso que la linterna proyectaba, apareció una figura humana, inmensa, espantosa, descubriendo una fila de dientes blanquísimos, y que flotaba y se balanceaba en el agua.

Sus dientes parecían fijos sobre Tomás y la cara parecía decirle en una sonrisa macabra:

—¡Eh! pequeño, hace frío... adiós...

Las pértigas se levantaron en el aire para caer en el agua y empujar con precaución algo vago.

—¡Condúcele!... ten mucho cuidado... échale, pues... que va á engancharse en la rueda.

—Empújale tú mismo...

Las pértigas se deslizaban á lo largo de la quilla y su roce se parecía al rechinar de dientes...

Tomás estaba fascinado y no podía apartar los ojos de lo que veía.

Pero el rumor de pasos sobre su cabeza fué alejándose poco á poco en dirección del timón y entonces oyó de nuevo resonar aquel grito lastimero, parecido á un canto de muerte:

—Un vi si ta dor, vi-si ta dor...

—¡¡Papá!! gritó Tomás con voz estridente.

Su padre saltó de la cama y corrió hacia él:

—¿Qué es? ¿qué hacen ahí abajo? gritaba Tomás.

Ignat dió un gruñido de fiera y de dos brincos se lanzó fuera del camarote.

Tomás, titubeando y echando miradas asustadas alrededor de él, no había tenido tiempo de meterse en la cama de su padre, cuando ya regresaba éste.

—Te han asustado... ¡Bah! ¡no es nada! decía Ignat cogiéndole en los brazos. Ven á acostarte conmigo.

—¿Pero qué era eso? insistía Tomás.

—No es nada, hijo mío, nada absolutamente... Era un ahogado, un hombre que se ha ahogado y que baja con la corriente, eso es todo. Pero no temas nada, ya está bien lejos.

—¿Por qué lo echan? preguntó el chiquillo, estrechándose contra su padre y cerrando los ojos impresionados aún de la terrorífica visión.

—Es necesario... Si viniera á cogerse á la rueda... en la nuestra, como es consiguiente, la policía lo sabría mañana... se tendrían disgustos, líos... se nos detendría aquí... Así es que se le echa más allá... ¿Qué puede importarle? Está muerto... eso no es hacerle daño, mientras que los vivos tendrían disgustos por su causa... Vaya, duerme, pequeño mío...

—¿Y seguirá siempre así?

—Sí... más adelante lo sacarán y lo enterrarán.

—¿Y si se lo come un pez?

—Los peces no comen carne humana... Los pulpos comen... les gusta esto...

El calor que se desprendía del cuerpo del padre calmó los nervios excitados de Tomás, pero ante su vista pasaba siempre el rostro espantoso que le enseñaba los dientes y que el agua negra sustentaba.

—¿Y quién es?

—¡Dios sabe! Di más bien: «Dios mío, tened piedad de su alma»...

—¡Señor, tened piedad de su alma! repitió Tomás en un murmullo.

—¡Eso es!... Y ahora duerme tranquilo, no temas nada. Está muy lejos en estos momentos, flota tranquilamente. No te aproximes nunca demasiado al borde de la barandilla, podrías caerte al agua. Que Dios te preserve y...

—¿Se ha caído también él?

—Seguramente que se ha caído... estaba quizás borracho y le ha llegado el fin. ¡Pero quizás se ha arrojado él mismo! Los hay que se arrojan voluntariamente... La idea se apodera de ellos, se tiran y se ahogan. Así es la vida; la muerte es una fiesta para ciertas personas y á veces una dicha para todos.

—¿Papá?

—Duerme, niño querido...

III

Desde el primer día, Tomás, completamente aturdido aun por el ruido, la animación y la alegría del colegio, distinguió, en el enjambre de chiquillos, dos muchachos que le parecieron más interesantes que los otros.

Uno de ellos estaba sentado delante de Tomás y éste podía, sin levantar la cabeza, ver su ancha espalda; su grueso y corto cuello sembrado de man-

chas rosadas, sus grandes orejas y su nuca con cabellos rojos, cortados al rape.

Cuando el profesor, un buen hombre de cabeza calva y labio caído, llamó: ¡Smolín, Africán! el pequeño se levantó sin apresurarse, se aproximó al maestro, le miró con descaro y se puso á trazar en la pizarra grandes cifras redondas.

—¡Está bien, basta! dijo el profesor. ¡Ejoff, Nicolás! Continúa...

Uno de los vecinos de Tomás, un chiquillo travieso, de ojos negros y vivos como los de un ratón, salió de su sitio y pasó entre los bancos, enredándose y volviendo la cabeza en todas direcciones.

Llegado ante la pizarra, cogió la tiza y alzándose de puntillas se puso á hacer signos inteligibles, atormentando la tiza y desmenuzándola.

—¡Despacio! dijo el maestro, cuyo rostro pálido, de ojos fatigados, se contrajo dolorosamente, mientras Ejoff hablaba con volubilidad y voz sonora:

—Hallo que el primer comerciante ha tenido diez y siete kopeks de beneficio...

—¡Basta!... ¡Gordeieff! veamos, dígame que es necesario hacer para encontrar el beneficio del segundo comerciante.

Absorto enteramente por la apostura tan diferente de los dos muchachos, la pregunta le cogió desprevenido y Tomás no supo que contestar.

—¿No sabes? ¡Hum!... Explicaselo, Smolín.

Smolín, que limpiaba cuidadosamente sus dedos llenos de tiza, dejó el trapo y sin mirar á Tomás terminó el problema y volvió á limpiarse los dedos, mientras sonriente y saltando, Ejoff volvía á su sitio.

—¡Eh, tú! murmuró él, instalándose en su sitio, al lado de Tomás y dándole un papirotazo. ¿Qué tiene de difícil? ¿Cuál era el beneficio total? Éran 30 kopeks y dos comerciantes, á uno de los que corresponde 17. ¿Cuánto le corresponderá al otro?

—¡Si ya lo sé! respondió Tomás en voz baja, confundido y examinando el rostro de Smolín, que volvía tranquilamente á su sitio.

Este rostro no le agradó.

Era redondo, lleno de manchas de escarlatina, con ojos azules hundidos en sus anchas mejillas.

Durante este tiempo, Ejoff le pellizcaba fuertemente la pantorrilla y le preguntaba:

—¿De quién eres hijo? ¿Del «Chiflado»?

—Sí.

—¡Gansol! ¿Quieres que te apunte, en adelante?

—Bueno.

—¿Y qué me vas á dar en cambio? Tomás reflexionó y dijo:

—Pero y tú ¿sabes algo?

—¡Yo! Soy el primero... tú lo has de ver...

—¡Eh! Ejoff, aun charláis, gritó el maestro con voz débil y velada.

Ejoff se levantó de su sitio y dijo vivamente:

—No soy yo, señor, es Gordeieff.

—Son los dos, declaró Smolín sin moverse.

El maestro hizo un gesto, y con un rumor muy extraño de su labio caído, les gruñó á los tres, lo que no impidió á Ejoff seguir inmediatamente:

—¡Bueno, Smolín! ¡Me pagarás esto!

—¿Y por qué echas la culpa al nuevo? replicó Smolín dulcemente y sin volver la cabeza hacia aquél.

—¡Está bien, está bien! murmuraba entre dientes Ejoff.

Tomás se callaba y echaba miradas furtivas del lado de su vecino. Este bullicioso muchacho le inspiraba simpatía y al mismo tiempo un sentimiento de vaga repulsión.

Durante el recreo, Ejoff le contó que Smolín era también un rico, el hijo de un curtidor, y que el padre de él, Ejoff, era portero del Tribunal de Cuentas y muy pobre.

Esta condición se adivinaba, sin gran trabajo, en el vestido del niño, hecho de algodón gris, con remiendos en las rodillas y en los codos; en su rostro pálido, famélico y en toda su persona enteca y angulosa.

Este niño tenía una voz de barítono, metálica; acompañaba sus exclamaciones de gestos y guiños, y á menudo empleaba palabras cuya significación sólo de él era conocida.

—Seremos camaradas, declaró á Tomás.

—¿Por qué me has acusado hace un rato? replicó Tomás, arrojándole una mirada de desconfianza.

—¡Vaya! ¿Y qué te importa á tí eso? Eres un nuevo y un rico... el maestro no es exigente para con los ricos... Mientras que yo, pobre y desvalido, á mí no me quiere... Soy una mala cabeza y no le traigo regalos. Si trabajase mal, hace tiempo que me habría expulsado. Sabes, saliendo de aquí, iré al Liceo... Cuando haya terminado el segundo, me voy. Un estudiante me prepara ya para el segundo... Y á fe mía, allí, voy á calentarme bien los cascotes, ya verás. ¿Cuántos caballos tienes?

—Tres... ¿Para qué quieres tú trabajar tanto?... preguntó Tomás.

—Porque soy pobre. Los pobres deben trabajar mucho, eso les permite llegar á ricos, en seguida... siendo médicos, empleados del Estado, oficiales... Yo también arrastraré sable... la espada á un lado, espuelas en las botas, drin, drin... ¿Y tú, qué vas á ser?

—No sé, respondió Tomás, con aire sofiador, y examinando á su camarada.

—Tú no tienes necesidad de ser nada... ¿Te gustan las palomas?

—Sí.

—¿Cuántas tienes?

—Ninguna.

—¡Bah! ¡Eres rico y no tienes palomas!... Yo mismo tengo tres... una paloma y dos tortolillas... Si mi padre fuese rico... habría comprado ciento y las habría hecho volar todo el santo día. Smolín tiene también palomas y muy bonitas. Catorce... él es quien me ha dado una de las tórtolas... Y sin embargo... es avaro... todos los ricos lo son... Y tú ¿eres avaro?

—No sé, dijo Tomás vacilando.

—Ven á casa de Smolín, nos entretendremos los tres en hacerlas volar.

—¡Bueno!... si me permiten...

—¿Pues no te quiere tu padre?...

—Sí, me quiere.

—Entonces te dejará venir... Sólo que no digas que yo voy también, quizás conmigo no querría. Dile: «Permíteme ir á casa de Smolín»... ¡Smolín!

En este momento el grueso muchacho se aproximó, y Ejoff le recibió meneando la cabeza en señal de reproche:

—¡Eh, tú, soplón, cangrejo! ¡No vale la pena de ser amigo tuyo, saco de harina!

—¿Por qué te enfadas? preguntó tranquilamente Smolín, considerando al mismo tiempo á Tomás con sus ojos inmóviles.

—No me enfado, digo la verdad, rectificó Tomás, moviéndose en una agitación extraordinaria. Escucha: ¡Aunque no seas mas que una tiritaña, pero no, tanto peor!... El domingo, después de la misa, iré á tu casa con él..

—Venid... dijo Smolín.

—Iremos.. La campana va á sonar, corro á vender mi canario, declaró Ejoff sacando al mismo tiempo de sus pantaloncillos un paquetito envuelto en un papel donde se palpaba algo vivo.

Y desapareció en el patio del colegio como una anguila.

—¡Qué raro es! dijo Tomás admirado de la extrema vivacidad de Ejoff.

Y arrojando á Smolín una mirada interrogativa:

—¿Está siempre así?...

—Muy listo, explicó el grueso muchacho.

—Y muy alegre, dijo Tomás.

—Muy alegre también, repitió Smolín.

Después se callaron y se examinaron uno á otro.

—Vendrás con él, preguntó el rojo.

—Iré...

—Ven... se está bien en mi casa...

Tomás no respondió nada.

Entonces Smolín le preguntó:

—¿Tienes muchos amigos?

—Ninguno.

—Yo tampoco tenía ninguno antes de venir á la escuela, como no fuesen mis primos... Ahora tendrás dos de un golpe.

—Sí, dijo Tomás.

—¿Estás contento?

—Ya lo creo...

—Cuando se tienen amigos, se está alegre. También es más fácil aprender: se apunta...

—¿Tú aprendes bien?

—Muy bien... Yo lo hago todo muy bien, dijo Smolín con calma.

La campana sonó, como asustada y precisada de correr lejos.

Sentado en su banco, Tomás se sintió más libre y pudo comparar sus dos amigos con los otros niños. Al cabo de un momento observó que eran los sobresalientes de la clase y quedaban por encima de todos como aquellas dos cifras que se habían olvidado de borrar y que se destacaban en la pizarra. Y esta averiguación le llenó de orgullo.

Saliendo de la escuela fueron juntos. Ejoff volvió

bien pronto por una callejuela obscura, mientras que Smolín acompañó á Tomás hasta su casa diciéndole al separarse:

—Ves, tenemos el mismo camino.

En la casa, Tomás, fué recibido solemnemente. Su padre le regaló una cuchara de plata maciza con una cifra complicada, su tía una bufanda de su fabricación.

Se le esperaba para comer y se habían preparado sus platos favoritos.

Cuando se hubo despojado del abrigo, se puso á la mesa y fué asaltado á preguntas.

—¿Cómo te va la escuela? preguntaba Ignat mirando con amor el rostro animado y rosado de su hijo.

—Muy bien, respondió Tomás.

—¡Querido hijo! suspiraba la tía enternecida, ten cuidado, no cedas nunca á tus compañeros... Tan pronto como te molesten, ve á quejarte al maestro...

—No la escuches, dijo sonriendo Ignat, guárdate de hacerlo. Siempre solo has de valerte é infligir la corrección por tu mano, y no con la de otro... ¿Hay simpáticos muchachos?

—Ya he encontrado dos, dijo Tomás, y sonreía pensando en Ejóff. Uno de ellos es extraordinariamente vivo, es terrible.

—¿De quién es?

—Hijo de un portero...

—¡Bah!... ¿Vivo dices?

—Terriblemente.

—Tanto peor. ¿Y el otro?

—El otro es completamente rojo... Smolín...

—¡Ah! Es probablemente el hijo de Mitri Ivanitch. Atente á ése, es de buena familia para tí. Mitri es un campesino inteligente, y si su hijo se le parece, será perfecto... En cuanto al otro, ¿sabes, Tomás? invítale los domingos. Compraré fiambres, tú se los regalarás... Veremos lo que son...

—Es que para el domingo Smolín me ha invitado á su casa, declaró Tomás, echando á su padre una mirada escrutadora.

—¡Mire, mire! Bueno, pues vé, vé. Es necesario que aprendas á conocer los hombres... No podrás pasar la vida solo sin amigos. Así, tu padrino y yo hace más de veinte años que lo somos... y á menudo me he aprovechado de su inteligencia. Tu también búscate relaciones con los que son mejores y más inteligentes que tú. Es menester rozarse con los hombres de bien... una pieza de cobre entre varias de plata se puede tomar facilmente por de plata.

Y, riendo de su comparación, Ignat agregó formalmente:

—Es una broma. Trata de ser de metal puro y no de imitación... más vale una corta inteligencia. ¿Tienes mucho que estudiar?

—¡Mucho! suspiró el niño.

Y á su suspiro respondió como un eco el de su tía.

—¡Pues bien! Estudia. No debes ser mas ignorante que los demás. Pero debo decirte esto: Aunque hubiese veinte y cinco clases no te enseñarían otra cosa que leer, escribir y calcular. Es cierto que tambien se aprende á leer muchas tonterías, pero que Dios te guarde! ¿Si lo advirtiese te daría un recorrido? Si fumas, te cortaré los labios...

—¡No te olvides de Dios, Tomasito, dijo la tía, no te olvides de nuestro Señor!...

—¡Eso es muy justo! ¡Honra á Dios y á tu padre! Pero lo que te sigo diciendo es que los libros de estudio no son todo. Son necesarios como los útiles al albañil. Son el instrumento, pero el instrumento no enseña el arte de servirse de él. ¿Has comprendido? Supón que se da un hacha á un carpintero y debe podar un árbol. Un hacha y manos no bastan, es necesario saber dar en el árbol y no estropear

el pie. Del mismo modo se os enseña á leer y á escribir y es preciso con eso arreglar la vida... Se ve, pues, que los libros no bastan para este problema: es necesario aun saber servirse de ellos, y es justamente lo que es mas difícil que todos los libros juntos y lo que en ninguno de ellos encontrarás. Es en la vida misma donde se aprende. El libro es un cadáver. Puedes darle vueltas, romperle, deshojarle: no gritará... Mientras que en la vida, por poco que te descuides, encontrarás mil voces que te injuriarán y aun te despedazarán...

Mientras que Ignat hablaba con fuerza, su hijo, apoyando su codo en la mesa, le escuchaba atentamente y ya tenía ante su vista al carpintero trabajando su madera, ya se veía el mismo en un terreno movedizo, aproximándosele algo inmenso y vivo que trataba de cogerle...

—El hombre debe procurar por su obra y debe estar absolutamente seguro de su camino para realizarla... El hombre es parecido al piloto á bordo del navío. Cuando se es joven, se está como en el momento de alta marea, no hay más que ir derecho delante de sí... El camino esta libre por todas partes... pero es menester conocer el momento preciso en que se debe maniobrar el timón... El agua baja, y descubre un banco de arena por aquí, un arrecife ó un islote por allá: de todo eso hay que apartarse á tiempo si se quiere llegar á buen puerto..

—¡Yo llegaré! dijo el niño mirando a su padre con un continente altivo y seguro.

—¡Vaya! ¡con mucha bravura dices eso! dijo Ignat riendo y la tía tambien se echó á reir.

Desde su viaje por el Volga, Tomás charlaba más en la casa con su padre, su tía y Maiakin. Pero en la calle ó en cualquier sitio que no le fuese familiar, con extraños, se enfurrufiaba y echaba miradas desconfiadas é inquietas, como si hubiese sentido en todas partes una fuerza misteriosa, enemiga y

oculta, que le acechaba, dispuesta á cogerle. Por la noche se despertaba bruscamente y durante largas horas, prestaba oído al silencio que le rodeaba y con sus pupilas dilatadas trataba de penetrar las tinieblas.

En esos momentos los relatos de su padre tomaban una forma tangible. Los mezclaba confusamente á pesar suyo con los cuentos de su tía y creaba así un caos de acontecimientos en donde la realidad venía á confundirse con fantáticas quimeras. Resultaba, pues, un cuadro colosal y confuso. El niño cerraba los ojos y trataba de alejar todas estas visiones y detener el rápido curso de su imaginación loca, que le espantaba. Pero en vano buscaba al niño, el cuarto se llenaba más y más de sombras silenciosas. Entonces decidióse á despertar á su tía:

—¡Tía, tía!

—¿Qué tienes? Dios te guarde...

—Voy contigo, murmuró Tomás.

—¿Para qué? Duerme, querido, duerme...

—Tengo miedo, confesaba el niño.

—Debes rezar y te se quitará...

Tomás cerró los ojos y recitó su plegaria. El silencio de la noche tomó el aspecto de una superficie sin límites, toda llena de un agua negra é inmóvil. Esta agua lo llena todo, está como coagulada, ningun movimiento en su superficie, ni una vibración, ni una sombra. Es el vacío de la nada y es un mar de profundidades desconocidas. El niño aterrado se sintió sólo en este océano muerto. Pero, he aquí que la llamada del vigilante suena en la noche y bolas luminosas corren como fuegos fatuos en la superficie del agua que ahora está ligeramente ondulada. Después, el enorme alarido de una campana que levanta la masa entera con movimiento formidable, y los fuegos fatuos se confunden todos en una mancha de luz inmensa. La masa entera oscila entonces lentamente en ondas concén-

tricas luminosas, cuyos movimientos y brillo disminuyen gradualmente y concluyen por perderse en la obscuridad de un horizonte lejano, y de nuevo empieza el agonizante y pesado silencio en otra noche desierta...

—¡Tía! murmuró Tomás, con voz suplicante.

—¿Qué hay?

—Voy á tu cama.

—Vaya, ven, pues, ven, anda, amor mío.

Una vez en la cama de su tía se estrechó contra ella y le suplicó:

—Cuéntame algo...

—¡Por la noche!... protestó la tía con voz soñolienta.

—¡Te lo suplico!

No tuvo necesidad de suplicar mucho tiempo. La voz soñolienta, los ojos cerrados, siseando, la vieja se puso á contar lentamente:

—En una ocasión había un reino, y en este reino un marido y una mujer que eran pobres, muy pobres. Estaban tan miserables, que no tenían nada que comer. Andaban, con el saco á la espalda, y cuando se les daba un pedazo de pan seco se alimentaban con él todo el día. Y de pronto tienen un niño... El niño nacido es menester bautizarlo, pero como son muy pobres, no tienen con qué regalar al padrino ni los invitados, y nadie quiere bautizar al chicho. Van de un lado á otro: nadie. Entonces se ponen á suplicar á Dios: «¡Señor!...»

Tomás conocía este cuento espantoso del ahijado de Dios. Ya lo ha oído más de una vez y ya se representa al ahijado caminando en un caballo blanco para hacer una visita á su padrino y á su madrina; atraviesa una noche negra, un desierto y ve todos los suplicios espantosos que están reservados á los pecadores y oye sus quejas y sus plegarias:

—¡Eh! ¡Eh! hombre, pregunta á Dios si debemos sufrir largo tiempo así...

El niño se imagina entonces que es hacia él á quien suben estas quejas y estos ruegos. Su corazón se oprime deseando algo que no se explica. Una tristeza le oprime y le hiela el pecho, y lágrimas se escapan de sus ojos, que cierra por miedo. Se agita en su cama.

—¡Duerme, niño mío! ¡El Señor te guarde! dijo la vieja interrumpiendo el relato de los suplicios infligidos á los humanos por sus pecados.

Por la mañana, después de una noche tan espantosa, Tomás se levantaba alegre y dispuesto se lavaba prestamente, tomaba de prisa una taza de té y corría á la escuela provisto de una buena merienda. El pobre Ejoft, siempre hambriento, le esperaba con impaciencia y se arrojaba sobre las vituallas debidas á la munificencia de su camarada.

—¿Traes de comer? decía, desde que veía á Tomás, olfateándole. Dame en seguida, pues yo he salido sin haber tomado nada... He dormido mucho tiempo, ¡qué diablo!... ¡he trabajado hasta las dos de la madrugada!... ¿Has hecho problemas?

—No.

—¡Calabacino! Vamos, voy á hacértelos en un abrir y cerrar de ojos.

Y al mismo tiempo que hundía sus dientes diminutos en la torta, roncaba como un gato joven, palmoteaba la suela de su pie izquierdo y resolvía los problemas, dirigiendo á Tomás frases cortas:

—¿Has comprendido? En una hora, han resultado ocho cubos; y ¿cuántas horas ha corrido el agua? ¡Seis!... ¡Oh! ¡vaya si se come bien en vuestra casa!... Seis: pues, bien es necesario multiplicar por seis... ¿Te gustan las tortas con cebolla cruda? ¡Yo las adoro!... Bueno; han salido cuarenta y ocho cubos del primer grifo... se han vertido noventa en junto... ¿Comprendes la solución?

Ejoft agradaba á Tomás mucho más que Smolín, pero disputaba menos con este último. La listeza

del primero, su facilidad de trabajo le admiraba. Se daba cuenta de que Ejoft era mas inteligente y valía más que él: le envidiaba y le quería por sus cualidades, pero al mismo tiempo le tenía lástima, la lástima del que ha comido bien por el que tiene hambre. Quizá esta misma lástima impedía darle la preferencia al muchacho tan divertido sobre el aburrido Smolín. Ejoft que se complacía en irritar á aquellos de sus camaradas que comían en demasía, les decía:

—¡Eh, vosotros, tragones.

Estas bromas irritaban á Tomás, y un día que se sintió picado más que de costumbre, respondió con cólera y desprecio:

—¡Y tú, mendigo!

El rostro pálido de Ejoft se cubrió de manchas rojas y articuló lentamente:

—Vaya, bueno, está bien... pero no te apuntaré más y no verás otra cosa que un borrico.

Y durante dos ó tres días no se hablaron, con gran disgusto del profesor que se veía forzado á poner ceros al hijo del respetable Ignat Matveitch.

Ejoft estaba al corriente de todo: contaba en la escuela que en la casa del procurador general la criada estaba de parto, y que para vengarse la mujer del procurador había regado á éste con café hirviendo; podía decir cuando sería necesario pescar gobio; sabía hacer jaulas y trampas para los pájaros, contaba con grandes detalles por qué y cómo un soldado se había ahorcado en un granero, en el cuartel, quiénes eran los padres de los alumnos que habían hecho un regalo al maestro y en qué consistía el tal regalo.

El círculo de conocimientos y de curiosidad de Smolín se limitaba á lo comercial. Sobre todo él se complacía en comparar las fortunas, estimar el valor de las casas, de los barcos, de las cuadras que

cada uno poseía. Todo eso lo conocía al dedillo y hablaba de ello con entusiasmo.

En su amistad con Ejoft, tenía la misma piedad indulgente que Tomás, pero era más afectuoso y de un humor más igual. Todas las veces que Gordeieff se querellaba con Ejoft, él trataba de intervenir y un día que venían juntos á la escuela, dijo á Tomás:

—¿Por qué regañas constantemente con Ejoft?

—Porque trabaja mucho, respondió Tomás furioso.

—Tú entiendes poco y él te ayuda, es muy inteligente... y si es pobre ¿es acaso culpa suya? Podrá aprender lo que le dé la gana y ser rico un día...

—Me hace el efecto del mosquito, dijo Tomás con un destello de sus pupilas, zumba horas y horas en los oídos y después da una picadura.

Y en la vida de estos muchachos había horas en que estaban bien unidos y en que perdían toda noción de la diferencia de posiciones sociales y de caracteres. El domingo, los tres se reunían en casa de Smolín, y encaramados en el tejado de un granero convertido en palomar, se entretenían en soltar palomas. Estas se elevaban unas detrás de otras, sacudiendo sus plumas blancas como la nieve y se collocaban en fila sobre el caballete del tejado arrullando á la luz brillante del sol.

—¡Anda, pronto! ¡Espántalas! decía Ejoft, temblando de impaciencia.

Smolín agitaba entonces por encima de sus cabezas un palo con algunos trapos y se ponía á silbar.

Las palomas asustadas se lanzaban en el espacio con gran ruido de alas... Y elevándose lentamente describían amplios círculos. Se elevan en el azul profundo del cielo, se ciernen y suben siempre más arriba, brillantes, con su vestido plateado y de una

blancura de nieve. Unas se esfuerzan en querer tocar la bóveda de los cielos, en un vuelo majestuoso de águila. Extienden sus alas y parecen inmóviles. Otras se divierten, voltean y se dejan caer parecidas á copos de nieve. Después se paran y vuelven á lanzarse como flechas hacia las alturas etéreas y entonces parecen no tener movimiento en el desierto celeste. Van disminuyendo hasta confundirse en el azul. La cabeza hacia atrás, los niños no pierden el vuelo de las palomas. Las admiran en un silencioso recogimiento. Sus ojos están fatigados, pero brillan con una alegría pura, alegría mezclada de envidia por estos seres alados que con tanta facilidad dejan la superficie terrestre y se agitan en el dominio puro y sereno, todo lleno de la luz brillante del sol. El grupito no es ya más que un punto apenas visible á simple vista, mancha minúscula que lleva en pos de ella la imaginación de los chicos á través de la inmensidad azul. Ejoff expresó bien su pensamiento á los demás cuando dijo, dulcemente, encantado:

—¡Oh! ¡si nosotros pudiéramos volar así, amigos míos!...

Tomás sabía que el alma humana toma á menudo la forma de una paloma cuando deja su envoltura terrenal, y su corazón se oprimía en una sensación indefinible, violenta y dolciosa. Unidos en un miséxtasis, silenciosos y absortos, los niños esperaban la vuelta de las palomas. Estrechamente apiñados, estaban tan alejados de las miserias de la vida, como las palomas lo estaban de la tierra. En este momento no eran más que niños, sin envidias ni odios. Extraños á todo lo demás se sentían tan próximos unos de otros, y sin decirse una palabra, en el brillo solo de sus pupilas, adivinaban el sentimiento que los agitaba, el de una dicha igual á la de los pájaros en el cielo.

Pero he aquí á las palomas que un tanto fatiga-

das vienen á reposar al caballete de donde han partido. Se les hace entrar en el palomar.

—¿Amigos, vamos á robar manzanas? propuso Ejoff, instigador de todos los juegos y escapatorias.

Su voz rompió el encanto de esta paz exquisita de que los niños estaban penetrados hasta el fondo de su alma y he aquí que se meten por la empalizada en el jardín del vecino, llevando mil precauciones, con un paso de felinos y dotados también del instinto de las fieras, atentos al menor ruido. Dos sentimientos les mueven: el miedo de ser cogidos y la esperanza de robar impunemente. El robo es también un trabajo, lleno de peligros... ¡Todo parece tan dulce, cuando ha costado trabajo! ¡Y tanto más dulce parece, cuanto más trabajo cuesta! Los niños atravesaron la valla con precaución. Se agachaban, casi se arrastraban para llegar á los manzanos, presto el oído y ojo avizor. Al menor ruido su corazón late y se detiene. Tanto temen ser cogidos, como ser reconocidos; pero si no son más que vagamente percibidos y oyen gritos, entonces es su mayor suceso. Al primer grito se dispersan como gorriones; después se reúnen, y con los ojos chispeantes de alegría y de audacia, se cuentan riendo lo que han experimentado al oír el ruido de voces, y como se han salvado á través del jardín, tan pronto como si la tierra ardiese bajo sus pies.

En estas correrías poco gloriosas, Tomás ponía todo su aliento, mucho más que en cualquier otro juego. Su conducta en estas invasiones era de una temeridad tal que dejaba estupefactos á sus amigos y les irritaba. Apenas entraba en un jardín extraño, era voluntariamente imprudente. Hablaba en alta voz, rompía con estruendo las ramas de los manzanos y tiraba las manzanas podridas en dirección de la casa del propietario. El peligro de ser cogido, lejos de asustarle, no hacía más que excitarle; en sus ojos había un resplandor sombrío, apreta-

ba los dientes y la expresión de su rostro era orgullosa y mala.

Smolin le decía entonces, torciendo la boca con sonrisa desdeñosa:

—Te haces el fanfarrón.

—¡Bah! Lo cierto es que no soy cobarde, replicaba Tomás.

—Sé que no eres cobarde, pero sólo los imbéciles se jactan de ello. Se pueden hacer las cosas tan bien sin hacerse notar.

Ejoff también le criticaba, pero desde otro punto de vista.

—¡Si te gusta tanto dejarte coger, te vas al diablo!... nosotros no somos ya amigos!... Y si te cogen y te conducen á casa de tu padre, no te dirán nada, mientras que á mí me pegarían hasta romperme una costilla...

—¡Cobarde! repetía Tomás.

Pero un día Tomás fué cogido infraganti, por el capitán Tchumakoff, un hombrecillo viejo y débil. A paso de lobo, llegóse al muchacho mientras que llenaba su blusa de manzanas robadas y cogiéndole por detrás con rabia:

—¡Ah! ¡ya te cogí, bribón!

Tomás tenía cerca de quince años y escapó listamente de manos del viejo. Pero no tomó la fuga; frunció el ceño y apretados los puños, se limitó á decir con tono amenazador:

—¡Trata de tocarme!

—¡No te tocaré... te llevaré á casa del comisario de policía! ¿Quién eres tú?

Tomás no esperaba esto, y de repente su valor y su ira se desvanecieron. Este ida á la policía le pareció como una cosa que su padre no le perdonaría nunca... Tembló, y dijo todo confuso:

—Gordeieff.

—¿El hijo de Ignat... Matveitch?

—Sí.

A estas palabras el capitán se turbó á su vez. Se enderezó, arqueó el pecho y tosió enérgicamente. Después, su espalda volvió á inclinarse y dirigió al joven las palabras siguientes, con tono paternal y sentido:

—¡Esto es vergonzoso, amigo! El heredero de un personaje ilustre y respetable, y ved que de repente... esto no es digno de su gran posición... Puede usted retirarse... Pero si vuelve á ocurrir, ¡hum! me veré forzado á avisar á su padre... al cual le ruego presente mis saludos...

Tomás observaba la fisonomía del viejo y comprendió que temía á su padre. Parecido á un lobezno, miraba á Tchumakoff, mientras que éste con una gravedad cómica, retorció su bigote gris y se agitaba impacientemente ante el muchacho, que no se iba á pesar de la autorización dada.

—Puede V. retirarse, repitió el viejo con un gesto que le indicaba el camino que conducía á la casa.

—¿Y la policía? preguntó Tomás con aire sombrío.

Y se asustó en el momento de las consecuencias posibles de su audacia.

—Era una broma para asustarle, respondió sonriendo el viejo militar...

—¡Usted es quien tiene miedo de mi padre! dijo Tomás.

Y volviendo la espalda al viejo, se perdió en la espesura del jardín.

—¡Yo miedo, yo! ¡Ah! ¡es así! le gritó Tchumakoff.

Y en el tono de su voz, Tomás comprendió que le había ofendido. Se sintió embarazado de vergüenza y tristeza y anduvo rondando solo hasta la noche.

Cuando entró en su casa, vió á su padre que con rostro severo le dijo:

—¿Tomás, has ido al jardín de Tchumakoff?

—Sí, he ido, respondió con aire tranquilo el muchacho fijando sus ojos en los de su padre.

Esta respuesta no era evidentemente la que esperaba Ignat, pues quedó mudo unos cuantos segundos acariciando la barba.

—¡Imbécil! ¿Por qué lo has hecho? ¿No tienes bastantes manzanas tú?

Tomás bajó los ojos y no dijo nada.

—¡Lo ves, tienes vergüenza! ¡Apuesto á que es ese pillete de Ejoif quien te ha impulsado! ¡Espera! Yo le enseñaré cuando le vea...haré que no os junteis más...

—He sido yo mismo, dijo Tomás con firmeza.

—¡Ah! ¡eso me gusta más! exclamó Ignat; ¿qué necesidad tenías tú?...

—¡Porque me agradó!

—¡Porque me agradó! repitió irónicamente su padre. Deberías por lo menos dar una razón de peso, cuando haces tonterías. ¡Ven aquí!

Tomás se aproximó á su padre que estaba sentado en una silla y le colocó en sus rodillas: le puso las manos en la espalda y le miró en los ojos sonriendo:

—¿Te da vergüenza?

—Sí, suspiró Tomás.

—Lo ves, tontito. Tú nos deshonoras á los dos.

Y oprimiendo la cabeza de su hijo contra su pecho, le pasó la mano por los cabellos, y le preguntó de nuevo:

—¿Por qué esa idea de robar las manzanas de los demás?

—¡No sé! dijo Tomás todo confuso. Quizás por no aburrirse. Siempre jugamos, y siempre á lo mismo... eso aburre, mientras que en aquello existe el peligro...

—¿Eso te enardece?

—Sí...

—¡Bah! Es posible... Pero ten entendido, Tomás, deja ese juego, pues otra vez seré muy severo.

—No lo haré nunca más, dijo Tomás.

—En lo que has hecho bien es en echarte la responsabilidad. ¡Dios sabe lo que más tarde serás, pero en fin, por el momento está bien! Un hombre que responde de sus actos, sin miedo á perder el pellejo, no es una cosa vulgar... Otro, en tu lugar, habría echado la culpa á sus amigos. Tú dices: «Soy yo». Así es como se debe obrar, Tomás... Todo pecado lleva su castigo... Tchumakoff... ¿no te ha pegado, por casualidad? preguntó Ignat con vacilación.

—¡Eso es lo que yo habría querido! replicó Tomás tranquilamente.

—¡Eh!...murmuró entre dientes su padre, con aire chocarrero.

—Le he dicho que tenía miedo de tí... Por eso es por lo que ha venido á quejarse... porque estaba dispuesto antes á no hacerlo...

—¡Vamos!

—¡Te lo juro!... «Presente mis saludos á su señor padre»...

—¿El te ha dicho eso?

—Sí...

—¡Oh! ¡Vil animal! ¡Qué singular ralea los hombres! Uno á quien roban y saluda: «Os saludo respetuosamente». ¡Ja, ja, ja! ¡Bien es verdad que le han robado por una pieza de cinco céntimos, pero esa pieza de cobre es para él como un rublo para mí... Además, no se trata de dinero, sino que esa moneda es mía y nadie osaría tocarla, á menos que yo no la tirase... ¡Vamos, no pensemos más en ello! ¡Cuéntame de dónde vienes y lo que has visto!...

El niño se sentó al lado de su padre y le hizo el relato completo de sus impresiones del día. Ignat escuchaba atentamente, examinando la expresión animada del rostro de su hijo, y el ceño del hombre se fruncía.

—Tú no nadas más que en la superficie... eres un niño... ¡eh, eh!

—Hemos visto un buho en un barranco, contaba

el rapaz; ¡qué cosa más rara!... Trataba de volar y se daba contra un árbol, ¡pam! y dió un grito, un alarido tan plañidero... Después, como lo espantá-bamos, ha volado de nuevo y siempre lo mismo; se elevaba, volaba un poco y tropezaba con algo: sus plumas caían... Después de haberse hecho daño con todos los picos del barranco ha concluido por ocul-tarse... ya no lo buscamos, nos daba lástima, estaba destrozado. ¿Es que son ciegos por el día?

—Completamente, dijo Ignat. El hombre hace á veces en la vida como el buho en la luz. Busca una posición, se agita, revolotea, tropieza y llega así á perder sus plumas. Destrozado, herido, enfermo, desplumado, se arroja, en fin, en el primer rincón que ve para encontrar el reposo después de tantas fatigas. ¡Desgraciados esos hombres, amigo mío, desgraciados!

—¡Eso deberá hacerles mucho daño! dijo Tomás dulcemente.

—Exactamente, como á tu buho.

—Pero ¿por qué?...

—¿Por qué? Muy difícil de decir es eso... Uno tie-ne la vista obscurecida por el orgullo... quiere de-masiado y no tiene fuerzas... otros el idiotismo... Existen muchas razones. No puedes comprender...

—Venid á tomar el té, anunció la tía Antheísa.

Largo tiempo hacía que estaba bajo en el dintel de la puerta, contemplando enternecida la alta ta-lla de su hermano inclinada amorosamente hacia Tomás; así como la postura meditabunda del mu-chacho, la mejilla apoyada contra el hombro de su padre.

Así se desarrollaba, día tras día, la vida de To-más. Una vida, después de todo, poco accidentada, apacible y dulce. A veces unas sensaciones más fuertes que otras y que agitaban una hora ó un día el corazón del niño se destacaban del fondo firme de esta vida monótona, pero se borraban casi in-

mediatamente. Su alma era todavía un lago tran-quilo, al abrigo de las tempestades de la vida y todo lo que por casualidad chocaba en su superficie ba-jaba al fondo, después de haber turbado por corto instante sus aguas adormecidas.

Al cabo de cinco años Tomás dejó la escuela, ha-biendo pasado regularmente los exámenes de la cuarta clase. Era un bello muchacho, airoso, more-no, rostro bronceado, cejas espesas y un ligero bo-zo sobre el labio. Sus grandes ojos negros tenían una mirada soñadora y franca y sus labios se en-treabrían como los de un niño. Pero á la menor con-trariedad, su boca se torcía, sus pupilas se dila-taban y su rostro en general tomaba una expresión de rudeza y de voluntad inquebrantables. Su padri-no decía hablando de él, con una sonrisa escéptica en los labios:

—Por lo que respecta á mujeres, Tomás, les sa-brás más dulce que la miel; pero lo que es en inten-ciones aún no te he notado...

Estas palabras arrancaban un suspiro á Ignat.

—Deberías empezar á iniciar un poco á tu hijo en el asunto, amigo mío...

—Espera aún...

—¿Esperar, á qué? Dos ó tres veranos en el Vol-ga y en seguida se le casa... Fíjate en mi Liubov; qué linda muchacha...

En esta época, Liubov Maiakín acaba sus estu-dios en un colegio y estaba en quinta. Tomás la en-contraba á menudo en la calle y ella le hacía con la cabeza pequeños saludos llenos de condescenden-cia, siempre cuidadosamente peinada, y una toca en sus bellos cabellos rojos.

Gustaba mucho á Tomás, pero ni sus mejillas sonrosadas ni sus labios rojos, ni la alegre y picares-ca mirada de sus ojos oscuros bastaba á borrar la impresión humillante de sus saludos. Conocía á va-rios compañeros de colegio de Tomás, entre ellos

Ejoff, pero aquél no se sentía atraído por esta sociedad que le disgustaba más bien. Le parecía que todos sacaban partido de su saber y se burlaban de su ignorancia.

Reunidos en casa de Liubov, leían, y cuando Tomás los sorprendía en medio de una discusión acalorada, ó bien ocupados en la lectura, se callaban apenas aparecía. Eso le alejaba de ellos.

Sin embargo, un día que se encontraba de visita en casa de Maiakín, Liubov le llevó al jardín, y allí, haciéndole sentar al lado de ella, le preguntó con una pequeña mueca:

—¿Por qué eres tan poco comunicativo? Nunca dices nada.

—¿De qué hablaré yo, sino sé nada? respondió Tomás con sencillez.

—Estudia... lee...

—No tengo ganas...

—Los que estudian lo saben todo y pueden hablar de todo... Ejoff, por ejemplo...

—Conozco á Ejoff... un charlatán...

—Estás celoso de él, sencillamente. Tiene mucho talento... sí... va á concluir sus clases é irá á la universidad de Moscou.

—¿Y después?... replicó Tomás sin emocionarse.

—Mientras que tú, serás siempre un ignorante.

—¡Tanto peor!

—¡Qué bien está eso! exclamó Liubov con ironía.

—No tengo necesidad de toda esa ciencia para guardar mi posición, dijo Tomás, burlón; está bien para los muertos de hambre estudiar... á mí no me hace falta.

—¡Bah! ¡eres un gran idiota! ¡malo! ¡feo! dijo la muchacha con desprecio.

Y le dejó. Tomás quedó solo en el jardín. La vió alejarse, frunció el ceño, y con la cabeza baja llegó al fondo del jardín.

Era sensible al encanto de la soledad y al vene-

no enervante y dulce de los sueños. Las tardes de verano, á la hora del crepúsculo, su imaginación se exaltaba ante esos matices suntuosos de las puestas de sol que parecen abrasar á toda la tierra, y sentía que le embarazaba una vaga lasitud, como el deseo de una cosa que le era desconocida.

Acurrucado en un rincón obscuro del jardín ó bien echado en una cama, evocaba la imagen de princesas de hechicería... Tomaban la forma de Liubov ó la de otras muchachas que conocía, pasaban ligeras en la obscuridad de la noche y le miraban con ojos llenos de misterio. Estas visiones despertaban á veces su energía y le emborrachaban. Se levantaba entonces, erguía su alta talla y aspiraba á plenos pulmones el aire cargado de perfumes. Otras veces, estas primeras visiones le entristecían y le daban ganas de llorar, pero se avergonzaba de sus lágrimas, se contenía, y á pesar de ello concluía por llorar.

A veces, en un arrebato de gratitud infinita, se dirigía á Dios y se prosternaba ante su imagen; trozos de plegaria se despertaban en su memoria; fijos los ojos en el cielo, los repetía largo tiempo, los unos después de los otros, y su corazón encontraba el reposo en estos actos de fe donde se expansionaban los rebosantes sentimientos que le agitaban.

El padre de Tomás le introdujo en el círculo de sus relaciones comerciales con precaución y paciencia.

Le llevaba á la Bolsa, le instruía en las compras y beneficios que le dejaban; le hablaba de sus amigos, de sus cualidades, de cómo habían *subido* y cuál era su actual fortuna.

Tomás se puso muy pronto al corriente de los negocios, á los que prestaba seriedad y reflexión. Maiakín se burlaba de él, y guiñando un ojo le decía:

—¡Y bien, he aquí que nuestro polluelo se transforma en gallo!

Y, sin embargo, el rostro de Tomás guardaba todavía, á los diecinueve años, una expresión infantil y un tanto inocente que le distinguía de los jóvenes de su edad. Estos se burlaban de él y le consideraban como muy corto de inteligencia. El, por su parte, los evitaba, picado del concepto en que le tenían. Su carácter indeciso inquietaba seriamente á su padre y también á Maiakín, cuya solicitud era incansable.

—No lo comprendo, decía Ignat desolado. No bebe, no hace la corte á las mujeres, es respetuoso contigo y conmigo, obediente: diríase que es una joven y no un muchacho. Y á pesar de todo no tiene aire de idiota.

—No, de un modo preciso, respondía Maiakín.

—Pues bien, diríase que espera algo... Parece que tiene un velo ante sus ojos... Su difunta madre era igual, caminaba á ciegas en la vida... Fíjate, Africán Smóln no le lleva más de dos años, ¡pero qué diferencia! No se sabe quién de los dos maneja el timón de la casa, si el padre ó el hijo. Quiere partir, estudiar aún en una fábrica y le dice al viejo: «No me habéis instruido bastante, padre». Sí. ¿Y el mío? No se decide á nada... ¡Dios mío!

—Lo que tienes que hacer, aconsejaba Maiakín, es probarle sin vacilar en algún tráfico. Por el fuego es como se prueba el oro... Dejándole en libertad veremos sus aptitudes... Envíale solo al Kama...

—¿Luego tú me aconsejas que tiene un ensayo?

—¡Claro! Si hace tonterías, perderás algunas monedas sin duda, pero al menos sabremos lo que guarda dentro.

—Perfectamente. Voy á enviarlo, replicó Ignat, con tono resuelto.

*
**

Tan pronto como fué primavera, Ignat envió á su hijo al Kama con dos barcasas llenas de trigo. El

vapor de Gordeieff, «El Laborioso», era el que las remolcaba. El capitán era el antiguo conocido de Tomás, era Efim, ahora Efim Hlitch, un hombre de treinta años, cuadrado, con ojos de garduña, razonable y severo.

Se marchaba de prisa y alegremente, porque todo el mundo estaba contento. Tomás se sentía orgulloso de la primera responsabilidad que pesaba sobre él. Efim contento por la presencia del joven amo, que no le objetaba en las pequeñeces y nunca le sacaba los colores al rostro. El buen humor de los principales personajes del barco, se reflejaba en el resto de la tripulación.

Salido en Abril, el convoy llegó á su destino en los primeros días de Mayo. Las barcasas anclaron y el vapor á su lado. Tomás tenía orden de dar salida al trigo tan pronto como fuese posible, coger el dinero y marchar inmediatamente á Perm, donde le esperaba un cargamento de hierro que Ignat se había comprometido á entregar para la feria.

Las barcasas habían anclado frente á una gran aldea, cerca de un bosque de abetos y situada á unas dos *verstas* de la orilla. Desde el día siguiente por la mañana vióse llegar, unos á pie otros á caballo una muchedumbre enorme y bulliciosa de campesinos y campesinas. Todo este bullicio se dispersó sobre el puente de las barcasas con gritos y cantares y se puso al trabajo con ardor.

Las mujeres que estaban en las bodegas llenaban los sacos; los hombres se encargaban de subirlos franqueaban corriendo las pasarelas que ponían en comunicación al buque con el muelle y lentamente se veía partir, en dirección del pueblo, una larga fila de carretas, pesadamente cargadas de aquel trigo aguardado con tanta impaciencia. Las mujeres cantaban, los hombres bromeaban, los grumetes vigilaban y alguna que otra vez los activaba al trabajo. Las pasarelas ligeras se combaban baj

el peso de los hombres y chocaban en el agua, mientras que de la ribera llegaba un rumor vago, donde se percibía el relinchar de caballos, el crujir de la arena bajo la rueda de los carros.

Apenas había salido el sol, el aire tenía una fresca cura, vivificante enteramente saturado del aroma de los abetos. El agua tranquila del río reflejaba un cielo puro y venía á chocar con dulce murmullo contra las quillas de las embarcaciones y las cadenas de las anclas.

El vocerío alegre de los trabajadores, el encanto intenso que se desprendía de la naturaleza respiraban una fuerza, un poco brutal, pero bienhechora y joven que se reflejaba en el alma de Tomás y despertaba en él sentimientos confusos y nuevos, y vagos deseos. Instalado bajo una tienda de campaña, colocada en el puente, tomaba té en compañía de Efim y del empleado encargado de recibir el trigo por cuenta del Ayuntamiento, un hombre colorado, miope, con lentes y la espalda encorvada por una enfermedad nerviosa. Este contaba el hambre que habían sufrido los campesinos, pero Tomás le escuchaba distraídamente mirando ya á los trabajadores de cubierta, ya la orilla de enfrente muy alta, amarilla, que se terminaba por una rambla llena de pinos. Estaba desierta y silenciosa.

«Sería necesario ir allá», pensaba Tomás mientras que sonaba en sus oídos la voz del empleado municipal que parecía venir de lejos, desagradable y chillona:

—No acertaríais á creer en las atrocidades á que se ha llegado... Miren, un ejemplo: en la ciudad de Osse, un propietario recibe un día la visita de un campesino que le lleva una joven de diez y seis años.—¿Qué quieres?—¡Pero no lo véis! dijo el campesino;—Excelencia os traigo á mi hija!—¿Para qué?—¡Tomadla; vos estáis soltero, señor!—¿Pero bueno, qué quieres? ¿Qué significa esto?—Pues que

la he paseado por toda la población para encontrarle una colocación de criada, y como nadie la quiere, hacédla por lo menos vuestra querida!—¿Comprendéis? ¡Iba á ofrecerle á su hija como querida! ¡Su hija! ¡qué cosa más, espantosa! ¿eh? El otro naturalmente, muy indignado, saltó sobre el campesino, le injurió, le amenazó... pero el campesino añadió, no sin razón: ¿Excelencia, de qué me sirve esta hija con los tiempos que corren? Completamente inútil... mientras que tres hijos que tengo... son futuros obreros... es necesario conservarlos... deme diez rublos por mi hija, yo me las aventuré con los muchachos... ¿Qué decís de eso? ¡Un horror!

—¡Eso no está bien! suspiró Efim. ¡Se tiene razón cuando se dice que el hambre no es una madre!... Y el vientre tiene sus leyes propias.

Este relato despertó en Tomás un interés inexplicable, palpitante, por la suerte de la niña, y se puso á preguntar ansiosamente al empleado:

—¿Y bien, por último, la compró ó no?

—¡Naturalmente que no! exclamó el empleado con tono de reproche.

—¿Y qué se ha hecho de ella?

—Ha habido gente bastante buena que la han recibido en su casa...

—¡Ah! ¡ah! exclamó lentamente Tomás.

Y añadió acto seguido con firmeza y cólera:

—¡Yo sí que habría arreglado á ese campesino! ¡Le habría roto la cara!

Y extendía hacia el comisionado su puño formidable.

—¿Y por qué? exclamó con aire compasivo aquel, quitándose vivamente los lentes. ¿No habéis comprendido las causas?...

—Ya lo creo que las comprendo, dijo Tomás con testarudez.

—¿Qué iba á hacer? Le vino la idea...

—¿Y es qué se puede vender un sér humano?...

—¡Ah! Es un acto salvaje, bien cierto...

—Y una joven... Ya le habría yo dado diez rublos, ¡por vida del!...

El comisionado hizo un gesto y se calló. Este gesto turbó á Tomás; se levantó de la mesa se aproximó al velamen y miró el puente de una de las barcazas, donde hormigueaba una muchedumbre atareada. El rumor le enervaba y lo vago de su alma se precisó en un violento deseo de trabajar como aquellas gentes. Deseó tener una fuerza hercúlea y poder cargar en sus potentes espaldas una centena de sacos con gran admiración de todos.

—¡Vamos, que anden más de prisa! dijo con voz fuerte.

Varias cabezas se volvieron hacia él. Distinguió varios rostros, y uno de ellos, el de una mujer de ojos negros, le sonreía dulcemente. Esta sonrisa encendió una llama en su pecho, y como una onda de fuego, un flujo de sangre hirviente recorrió sus venas. Dejó la barandilla y volvióse á la mesa, con el rostro encendido.

—¡Oiga! le dijo el comisionado. Enviad un parte á vuestro padre para que se separe un poco de trigo para cubrir pérdidas. Mire cuanto se pierde, allí, cada libra es preciosa. Y eso es necesario comprenderlo. ¡Pero tenéis un padre! terminó con un gesto.

—¿Cuánto trigo querriais? preguntó Tomás con desprecio y altivez. ¿Cuatrocientas libras? ¿Ochocientas?

—¡Ochocientas!... ¡ah! ¡gracias! exclamó el comisionado confuso y alegre.—¡Si tenéis derecho!...

—Soy el amo, dijo Tomás con seguridad, pero os prohibo hablar así de mi padre y hacer gestos.

—Dispensad... y... no dudo de vuestros plenos poderes; os estoy reconocido, así como á vuestro señor padre... en el nombre de todas estas gentes, ¡en el nombre del pueblo!

Efim, completamente desorientado, miraba á su joven amo y sus labios se movían temblorosamente, mientras que Tomás escuchaba encantado el discurso que el comisionado soltaba con volubilidad al mismo tiempo que le estrechaba la mano.

—¡Ochocientas libras! ¡Eso es ser ruso, joven! Voy á anunciar en seguida á los campesinos el don que les hacéis. Vais á ver como os dan gracias.

Y gritó muy fuerte, con el cuerpo inclinado hacia adelante:

—¡Amigos míos! El patrón os da ochocientas libras...

—¡Mil! interrumpió Tomás.

—¡Mil libras! ¡oh! ¡gracias! ¡Mil libras de trigo, amigos míos!

El efecto fué mediocre.

Los campesinos levantaron la cabeza para bajarla de nuevo; después sin pronunciar una palabra, se pusieron á la tarea. Algunas voces se hicieron oír con cierta vacilación y como con disgusto:

—Te lo agradecemos... Que Dios te lo pague... Muchas gracias.

Una voz unió alegremente y con desahogo:

—¿Y qué es eso? Si nos dices un vaso de aguardiente, sería la verdadera merced, mientras que el trigo no es para nosotros, sino para el distrito...

—¡Bah! ¡No comprenden! exclamó el comisionado confuso. Voy allá á explicárselo.

Y desapareció.

Pero no era el sentimiento de los campesinos sobre su regalo lo que interesaba á Tomás. Veía los ojos negros de la mujer que le miraban de un modo extraño y agradable. Estos ojos se mostraban agradecidos, le atraían y le fascinaban. Esta mujer no estaba vestida como una campesina; llevaba zapatos, blusa de percal y una toca de seda en sus soberbios cabellos negros.

Menuda y ligera, sentada en una pila de tablas, anotaba los sacos, y subiendo á cada momento las mangas, dejaba su brazo desnudo hasta el codo y seguía sonriendo á Tomás.

—Tomás Ignatitch, dejó oír la voz de Efim cargada de reproches. ¡Verdaderamente que has estado demasiado generoso!... doscientas libras, como máximo, es lo que habías debido dar... ¡Temo mucho que esto no resulte un mal negocio para nosotros!

—¡Déjame en paz! dijo Tomás.

—¿Qué me importa? Pero como aun eres joven y me ha sido dada la orden de velar por tí, me expongo á recibir cachetes, por falta de vigilancia.

—Ya le diré á mi padre... ¡Cállate! dijo Tomás.

—Hágase tu gusto, y Dios te guarde; tú eres aquí el amo...

—¡Pues entonces!...

—Si te hablo, Tomás Ignatitch, comprenderás que no es sino en interés tuyo. Eres joven é inocente...

—¡Vaya! déjame tranquilo, Efim...

Efim suspiró y se calló. Tomás miraba aún á la mujer y pensaba:

—¡Si me trajesen una como esa para comprar!...

Su corazón latía con violencia. Virgen de cuerpo sólo conocía de relaciones íntimas entre el hombre y la mujer lo que había podido coger en conversaciones. Las conocía bajo nombres vulgares y groseros que excitaban en él una curiosidad intensa y malsana mezclada de rubor; su imaginación trabajaba obstinadamente pero no llegaba á hacerse una idea precisa.

En el fondo, no podía creer que estas relaciones fuesen verdaderamente tan sencillas y tan groseras como se le decía. Y cuando le aseguraban, burlándose de él, que eran realmente tales y no podían ser otras, tenía una sonrisa de duda y seguía convencido de que las relaciones con una mujer no tomaban forzosamente, y para todas, esta forma brutal.

Debía haber allí seguramente algo más puro, menos vulgar y también menos humillante para el hombre.

Y así, en el mismo momento, y mientras que admiraba á la linda obrera, Tomás sentía despertarse en él un deseo sensual; tenía vergüenza y miedo.

Efim á su lado le exhortaba sabiamente:

—Hete aquí en contemplación de una mujer... yo no puedo callarme. No la conoces, pero como se sonríe contigo, eres muy capaz, con tu juventud y tu carácter, de hacernos ver lo blanco negro... aunque para partir hiciésemos el camino á pie y dando gracias todavía si conservábamos los calzones...

—¿Qué te hace falta? dijo Tomás volviéndose bruscamente con la frente roja.

—A mí nada... Pero debes escucharme. Porque lo que es en mujeres, puedo con toda seguridad ser tu maestro... Es necesario, con una mujer, obrar muy sencillamente: ofrecerle de comer y de beber, en seguida regarla con dos botellas de cerveza y por último hacerle regalo de una pieza de veinte kopeks. Por este precio, ella te dará lo que existe mejor en su amor.

—Mientes abominablemente, dijo con dulzura Tomás.

—¿Qué yo miento? ¿Y cómo y por qué he de mentir, yo, que más de cien veces lo he hecho? Encárgame de tu comisión. Te haré entrar en relaciones en pocos minutos.

—¡Bah! dijo Tomás, cuya garganta se apretaba y cuya respiración era trabajosa.

—Entendido, te la traeré esta noche...

Y Efim le dejó, no sin echarle una sonrisa de aprobación.

Hasta la noche Tomás vivió como en un sueño, sin notar las miradas obsequiosas y los saludos respetuosos de los campesinos, instruidos por el comisionado.

Estaba conmovido y se sentía en pecado. A todos los que le dirigían la palabra, respondía con la humildad de un hombre que tiene algo que hacerse perdonar.

Entrada la noche, una parte de los obreros dejaron las barcas, otros se instalaron alrededor de un gran fuego que llameaba alegremente y se pusieron á preparar su comida.

En el silencio de la noche llegaban trozos de conversación. El resplandor del fuego caía sobre el río y simulaba manchas amarillas y rojas que, formando espejuelos en las aguas apacibles, se reflejaban en las ventanas de Tomás. Acurrado en un rincón del sofá de cuero, esperaba. Ante él se veía una mesa servida: cerveza, aguardiente, pasteles y hors-d'œuvre. Había echado las cortinas y nada había encendido. La reverberación pálida del fuego penetraba á través de las cortinas; disminuyendo, después creciendo de nuevo, danzaban sobre la mesa las manchas caprichosas, en las botellas y en la pared del camarote. Todo estaba en silencio en el remolcador y las barcazas; sólo de la tierra llegaban voces inciertas y apenas se oía el ligero choque del agua contra los costados del buque... Tomás creía sentir cerca de él á alguno, oculto en la obscuridad y que le espiaba...

Pero he aquí que resuenan pasos en el puente de las barcazas... pasos pesados y precipitados, la pasarela choca en el agua con tono seco y desagradable... Tomás percibe la risa ahogada del capitán y su voz velada... Efim está en su puerta y habla con calma pero imperiosamente, como si diese, una consigna...

—¡Es inútil! iba á gritar Tomás.

Y ya había salido de su rincón, cuando en el mismo momento, la puerta del camarote se abrió y la alta silueta de una mujer se dibujó en el umbral.

Ella volvió á cerrar la puerta sin ruido y dijo dulcemente:

—¡Dios mío! ¡qué oscuro está esto!... ¿hay alguien?

—Sí, respondió Tomás, muy quedo.

—Buenas noches, entonces...

Y la mujer avanzó ligera.

—Voy á encender, dijo Tomás con voz entrecortada.

Pero volvió á caer en el canapé y se cobijó en el rincón.

—A fe mía, que también se está bien así... la vista se acostumbra y se ve en la misma obscuridad.

—Síntese, dijo Tomás.

—Gracias...

Se sentó al otro extremo de la butaca. Tomás podía distinguir el brillo de sus ojos grandes, la sonrisa de sus labios carnosos y que no le pareció la misma sonrisa de antes; ahora era triste. Pero esta sonrisa le devolvió el valor. Respiraba más libremente mirando sus ojos, que se bajaban al encuentro de los suyos... No encontraba nada que decirle y se pasaron dos minutos en un silencio pesado y embarazoso. Ella lo rompió la primera.

—¿Debe V. aburrirse solo?

—Sí, respondió Tomás.

—¿Le gusta este país? prosiguió la mujer á media voz.

—Es hermoso. Los bosques son grandes.

Después un nuevo silencio.

—El río es quizás aun más hermoso que el Volga, dijo Tomás con esfuerzo.

—Yo he estado en el Volga.

—¿Dónde?

—En Simbirsk.

—Simbirsk, repitió Tomás como un eco, sintiendo de nuevo que no podía articular una palabra más.